

EL OJO FRAGMENTADO: UN PANORAMA DE LA POESÍA ESPAÑOLA EN EL AÑO 2005

Antonio Sánchez Zamarreño

María Grande Jiménez

Universidad de Salamanca

En una cosa se parece el panorama poético español del año 2005 al de todos los años anteriores: en el vertiginoso trabajo editorial, que deriva en un flujo de publicaciones a todas luces excesivo. Semejante atomización llenaría de perplejidad al supuesto lector que quisiera abarcar, agustinianamente, ese océano sin límites. ¿Cómo atender a todo si, al margen de las editoriales neurálgicas, cada ciudad, cada institución, casi cada tertulia de aficionados a la poesía tiene sello editorial propio que edita regularmente libros que luego apenas se difunden? Así las cosas, sería un espejismo aspirar a una mirada abarcadora; antes al contrario, el ojo se fragmenta y sólo ve retazos –quizá no todos decisivos– de una realidad poética que se presiente mucho más espesa. Valga, pues, lo expresado para justificar ausencias, sin duda, imperdonables. Lo que sigue –escrito desde los observatorios que nos ofrecen las más altas cimas editoriales y mediáticas– es el panorama *oficial* de la poesía en el año 2005: lo otro, la intrahistoria poética llena de dinamismo y de destellos, inabarcable y viva, no cabe en este recuento. Sólo mucho después, cuando el tiempo haya abatido la altanería de lo que creíamos firme, saldrán a flote aquellos otros poemarios que estaban llamados –aunque no lo sabíamos– a perdurar.

1.- REGISTRADOS EN LA OTRA LADERA

El año 2005 será memorable, antes que por otras razones, por la desaparición (en Madrid) de tres grandes maestros de la poesía contemporánea: Rafael Montesinos, Rafael Morales y Leopoldo de Luis. Del primero, Rafael Montesinos

(Sevilla, 1920), fallecido el 4 de marzo, a los 84 años, se recordarán siempre su temperamento elegíaco y su elegancia expresiva: clásico y romántico, sevillano y universal, centelleante y sombrío, conjugó los metros cultos con las fórmulas de dicción popular. Fue sobrio en el decir y no eludió, pese a su tendencia intimista, los motivos sociales. Tanto en el campo de la creación –*El libro de las cosas perdidas* (1946), *Las incredulidades* (1948), *País de la esperanza* (1955), *El tiempo en nuestros brazos* (1958), *La verdad y las dudas* (1967), *Último cuerpo de campanas* (1980), *De la niebla y sus nombres* (1985)– como en el de la crítica –especialmente, por lo que respecta a la crítica becqueriana: *Bécquer, biografía e imagen* (1978), *La semana pasada murió Bécquer* (1992)– deja libros imperecederos. La muerte le sorprendió en la preparación de un último poemario: *La vanidad de la ceniza*.

El fallecimiento de Rafael Morales (talaverano de 1919) ocurrió el día 29 de junio. Con él ha desaparecido uno de los grandes dinamizadores de la poesía de los años 40 y 50. Su primer libro, *Poemas del toro*, publicado como volumen inaugural de la Colección Adonais, es ya mítico: el acento existencial que arrastraba conmocionó –un año antes que *Hijos de la ira*– las raíces de un panorama poético que había adoptado una actitud evasiva y artificiosa ante las sobrecogedoras convulsiones de aquel tiempo, que no traía otra cosa –citamos un verso del libro– que “odio, rencor, amor desordenado”. Ante ello, el poeta le devuelve al hombre la palabra –como un “mugido”, como un vibrar de cadenas– para que pueda gritar su perplejidad y su rebeldía. En este mismo tono solidario –más que de poesía social, habría que hablar de poesía franciscana– se suceden libros como *Los desterrados* (1947) o *Canción sobre el asfalto* (1954). Más adelante, sin renunciar a nada de lo que fue –su compromiso con el hombre, su magistral dominio de las técnicas, su fascinación por el barroco y los románticos–, publica libros de concepción más caudalosa –*La máscara y los dientes* (1962), *La rueda y el viento* (1971)– hasta refugiarse en lo esencial del decir y del ser: *Prado de serpientes* (1982) y *Entre tantos adioses* (1993). Tal vez víctima de ciertos prejuicios que han desenfocado su verdadero significado como poeta, Rafael Morales ha tenido, sin embargo, suerte con los editores: ahí está, por ejemplo, primorosamente compilada por Calambur (1999), su *Obra poética completa (1943-1999)*, a la espera del veredicto definitivo del tiempo.

El día 20 de noviembre la poesía española perdió a Leopoldo de Luis. Cordobés de 1917, acabó su vida muy prestigiado como crítico literario (dedicó, en este campo, ineludibles páginas a Antonio Machado, Vicente Aleixandre o Miguel Hernández), como antólogo (su antología sobre poesía social, recientemente reeditada, llegó a ser mítica) y como poeta, menester al que dedicó lo mejor de sí mismo con una maestría formal y con una densidad ética que ponen de relieve dos cosas: que la verdadera poesía ha de arraigar en una

tradición que la sancione como texto sagrado y que el verdadero poeta debe alentar con los afanes de su tiempo y no quedarse al margen de la historia. Ambos condicionantes los cumplió puntualmente Leopoldo de Luis: su obra poética completa en dos volúmenes (Visor, 2003) así lo pone de manifiesto. De la lira al soneto, de la endecha al verso libre, su palabra decanta siglos de actividad poética: clasicismo y barroco, modernismo y neorromanticismo se concitan en una forma de escritura que seduce, antes que por otra cosa, por la perfección con la que está ejecutada. Por lo demás, todos sus libros –desde *Alba del hijo* (1946) hasta *Cuaderno de San Bernardo* (2003), pasando por conjuntos tan celebrados como *Huésped de un tiempo sombrío* (1948), *Los imposibles pájaros* (1949), *Teatro real* (1957), *Entre cañones me miro* (1981) o *La sencillez de las fábulas* (1988)– tienen al hombre (en sus vertientes existencial y comunitaria) como centro único de indagación: “Solitarias angustias, hombres solos, / vamos, hacia la luz, a comprendernos”. Queda abierto otro atroz hueco humano que sólo mitigará, piadosamente, el legado de una poesía que ha de enaltecer a cuantos lectores se acerquen a ella.

Pero estas tres desapariciones no hacen menos reseñables ni menos lloradas las de otros poetas fallecidos a lo largo del año. Es el caso de Antonio Fernández Molina (Alcázar de San Juan, 1927), que falleció en Zaragoza el día 20 de marzo: autor de poemarios como *Biografía de Roberto G.* (1953), *Una carta de barro* (1953), *Semana libre y las fuerzas iniciales* (1956) o *Sueños y paisajes terráqueos* (1960), osciló entre el experimentalismo verbal y el compromiso reivindicativo. Y, ya en diciembre, hay que consignar el óbito de dos poetas y animadores culturales cuyos huecos serán muy difíciles de llenar. El día 19, en Alicante –donde se encontraba accidentalmente– murió José Ledesma Criado. Había nacido en Salamanca (1926) y allí desarrolló una meritoria actividad poética que, al margen de su obra personal –con títulos como *Temblor de mis días* (1964), *Cronista de la muerte* (1971), *Artemisas* (1985), *Color ceniza el agua* (1997) o *Memoria de la hiedra* (2000)–, tiene en su haber la fundación junto a Juan Ruiz Peña y José Manuel Regalado, de la revista de poesía *Álamo* y de su colección homónima, cuyas huellas siguen imborrables en la ciudad castellanoleonesa. Como poeta, se movió siempre al costado del hombre y cantó sus incertidumbres –tal vez, también, algunas de sus certezas– en un estilo berroqueño y sin impostación que él mismo quería “sencillamente como grito humano”. Una fidedigna síntesis de lo que fue su poesía podrá encontrarla el lector en el compendio antológico *Todas mis palabras*, preparado por Luis García-Camino Burgos (Institución Gran Duque de Alba, Ávila, 1992). En fin, la tarde del 31 dejaba de alentar, en la misma Barcelona que lo había visto nacer 81 años antes (1924), Lorenzo Gomis. Periodista y teórico del periodismo, autor de algunos libros de memorias y excelente poeta, manejó, indistintamente, el catalán y el castellano. Una de sus

contribuciones decisivas a la cultura española fue la fundación, en 1951, de la revista *El ciervo*, que intuyó como pocas la evolución del pensamiento contemporáneo: integradora y dialogante dio cabida en su seno a cuantas inquietudes le fueron presentadas y contribuyó con ello a la forja de un perfil intelectual y espiritual mucho más acompasado a los tiempos. En ella –tan interesada en ámbitos como la teología, la sociología o las artes– jamás faltó una página para la reflexión poética. Queda así patente que la poesía fue, para Gomis, una necesidad vital. Alternando sus dos lenguas maternas, llegó a cuajar una obra de notable extensión que, por lo que respecta al castellano, puede verse compendiada, con prólogo de Gimferrer y fecha de 2002, por la Universidad Popular José Hierro de San Sebastián de los Reyes. Figuran aquí, además de *El caballo* (un libro renovador que, desde Adonais, dio a conocer al poeta en 1951), poemarios como *El hombre de la aguja en el pajar* (1966), *Oficios y maleficios* (1971) o *El bostezo del león* (inédito). Poesía muy atenta a la vida (“el mundo, de tan bello, casi estalla”), de noble empaque clásico (léanse sonetos, lirás, octavas reales, pareados, piezas en cuaderna vía), llena de oblicuidad y, pese a ello, cómplice con lo otro, con los otros, con el Otro abisal, “mi colina olvidada, mi Dios, mi compañero”.

2.- SEÑAS LEJANAS

Naturalmente, asumimos el sintagma machadiano –“mira, los claros ojos abiertos, / señas lejanas y escucha / a orillas del gran silencio”– para describir, en el presente epígrafe, la producción póstuma de poetas que, a su muerte, dejaron un legado inédito y el año 2005 ha sacado a la luz. Del propio Antonio Machado se han editado –*Los papeles de Antonio Machado*, 2 vols., Burgos: Diputación de Burgos e Institución Fernán González– unos textos complementarios (apuntes, cartas, borradores), entre los que es posible encontrar algunos versos inéditos. Se trata, sin duda, de un trabajo más aprovechable para críticos que para lectores.

Mucha mayor importancia para estos últimos hay que conceder a la publicación de *Aventura*, libro que, a su muerte (1999), tenía en preparación Claudio Rodríguez (Zamora, 1934) y que ahora la generosidad de su viuda, Clara Miranda, apoyada en el rigor y en la clarividencia crítica del profesor salmantino Luis García Jambrina, ha regalado a los lectores del llorado poeta (Tropismos, Salamanca). Edición facsimilar de una belleza y de una calidad tipográfica que saltan a la vista, el conjunto recoge once textos poéticos en los que Claudio trabajaba durante los últimos años. A su muerte, dejó una carpeta llena de borradores, en un estadio más o menos avanzado de redacción, que son los que ahora se exhuman, en edición que no quiso ser crítica, sino sólo documento notarial de la sutileza, de la exigencia y de la lucidez que caracterizaron

siempre el laboratorio poético del zamorano. Así, de cada texto –algunos muy elaborados– se adjunta, en primer lugar, la redacción más avanzada, a la que siguen, en trayectoria inversa a la utilizada por Claudio, todos los borradores que habían ido perfilando, en un proceso tan riguroso como emocionante, aquel primer texto que se aproximaba ya, acaso, a lo que pudo ser un poema acabado. Ni que decir tiene que el borrador presentado en último lugar (esto es, el primero sobre el que se inclinó un día el poeta) suele ser un escrito ilegible, lleno de tachaduras, de flechas, de anotaciones al margen, de espacios vacíos: en suma, el momento del caos, fascinante y sobrecogedor. Fiel a sí mismo, Claudio Rodríguez regresa en este proyecto a todas sus constantes poéticas: un léxico –empezando por la palabra que campea en el título– muy transitado por él, una libertad imaginativa, una temperatura emocional y una solidaridad con lo otro (“El abeto y el roble, el zorzal y la liebre, / el castaño, el laurel, / el tordo pardo, el búho...”) y con los otros (“ahora en la noche clara estoy bebiendo, / estoy cantando con los pescadores”) que todo lector suyo conoce muy bien. En suma, estamos ante un libro –ay, el gerundio congelado para siempre– *haciéndose*: una excelente iniciativa que, retrospectivamente, nos ayuda a releer la obra de Claudio Rodríguez –de quien el año 2005 trajo también *Alto jornal*, antología preparada por Vicente Gallego (Renacimiento, Sevilla)– y a adentrarnos mejor en su inteligente complejidad.

Otro servicio preeminente del año 2005 a la poesía lo constituye la aparición de *En la llama. Poesía 1943-1959* (Siruela), de Juan Eduardo Cirlot (Barcelona, 1916-1973), volumen pulcramente preparado por Enrique Granell, donde se incluye un conjunto de libros o *plaquettes* –concretamente, 31, incluidas algunas reflexiones teóricas– publicados por Cirlot, durante la etapa que se consigna en el título, en ediciones de difusión muy restringida o en revistas de difícil acceso. El conjunto –con títulos como *En la llama* (1945), *Cordero del abismo* (1946), *El palacio de plata* (1955) o *Poemas sueltos* (1944-1959)– arroja luz sobre este surrealista que ejerció como tal en unos años muy poco favorables para serlo. Su poesía se presenta, pues, con una marca subversiva que no dejó de escandalizar a cuantos realistas y esteticistas –pues entre ambos escollos se movió entonces la escritura poética– consideraban que, fuera de ellos, sólo estaba el vacío. Y, sin embargo, Cirlot ni es insolidario con su tiempo –con “estos muros corrompidos”, con “este miedo sin rostro”, con “esta cárcel ciega, sin labios ni ventanas”– ni vive ajeno al compromiso con la belleza, que lo visita siempre “iluminando regiones desoladas o magníficas”. Lo único que propone frente a una poesía o demasiado angulosa o demasiado pulida es la “boca primordial” que hable, libremente, desde la plenitud originaria, desde el amanecer del Verbo: “La luz y mis palabras son lo mismo”.

Señas lejanas nos envió también Gloria Fuertes (Madrid, 1917-1998), de la que fue rescatada, gracias a la Fundación que lleva su nombre, dirigida por

Paloma Porpetta, un conjunto de inéditos (“años 90”) con el título de *Es difícil ser feliz una tarde* (Torremozas). Fieles a su estirpe, presentan estos poemas idénticas características que todos sus hermanos: una entrañable carga confidencial y una predilección por el hombre concreto –“El más bello paisaje / es sin duda / un rostro humano”– que hace solidaria a la poeta con esa turba de menesterosos que habitó siempre su poesía. A todos ellos –los hambrientos, los tristes, los parados, los que perdieron en la vida: “Siempre estoy con los sitiados, / nunca con los sitiadores”– se dirigen muchos pasajes de este libro con la frontalidad, el humor (léase ese “Epitafio” de fumadora empedernida: “Ya no toso”), la entereza, la frescura y el dramatismo sin exceso de quien afronta sus últimas soledades ya a la orilla del mar: “Voy sin nadie. / Navego a la nada”.

En otro orden de cosas, alegra constatar la diligencia con la que se rescatan, para el lector olvidadizo, algunas de esas voces que estuvieron entre nosotros. Pensamos en poetas como Luis Rosales (Granada, 1910-Madrid, 1992) –que deberá aportar mucho dinamismo al coro, algo monocorde, de la poesía última–, de quien han aparecido, en 2005, dos generosas antologías: *El naufrago metódico*, en edición de Luis García Montero (Visor) y *Antología poética*, preparada por Enrique García-Márquez para Adonais. Lo mismo cabe decir de Ángel Crespo (Ciudad Real, 1926-Barcelona, 1995), antologado pulcramente por Alejandro Krawietz en *La realidad entera. Antología poética (1949-1995)*, que editó el Círculo de Lectores o de José Luis Tejada (El Puerto de Santa María, 1927-1988), excelente poeta sin demasiada resonancia que dejó a su muerte nueve poemarios, pasó por un purgatorio de silencio o de medias palabras y hoy intenta ser reivindicado a través de empeños como éste que, con el título de *La poesía amorosa de José Luis Tejada* (Biblioteca Nueva), coordinaron Luis García Jambrina y Mercedes Gómez Blesa. Precedida por una introducción y ocho lúcidos ensayos, esta antología amorosa (“y sólo por tu vida estoy yo vivo”) sorprenderá a más de un lector ávido de revelaciones que duren más de una semana.

Sorprendente para muchos resultará, sin duda, otra compilación: la que Luis Alberto de Cuenca le dedicó a Agustín de Foxá (Madrid, 1903-1959) con el título de *Poesía [Antología 1926-1955]* (Renacimiento, Sevilla). Decadentistas, cosmopolitas y musicales, estos poemas –escupidos algunos huesos retóricos que son ya de otro tiempo– pueden ser un antídoto contra ciertas tendencias al vuelo raso.

En esta misma línea, nos complace consignar la aparición de la obra poética completa de tres autores: Juan Ramón Jiménez (Moguer, Huelva, 1881-San Juan de Puerto Rico, 1958) (hasta donde es posible compilar, pese a muchas décadas de esfuerzo, unas poesías completas suyas), en edición de Javier Blasco y Teresa Gómez Trueba (Espasa-Calpe: vol. I, poesía; vol. II, prosa), Manuel Altolaguirre (Málaga, 1905-1959), cuyo centenario, tan eclipsado por el

cervantino, ha cuajado en unas meritorias y oportunitísimas *Poesías Completas* (Fundación José Manuel Lara), editadas rigurosamente por James Valender y de las que habrá que partir para futuras ediciones y para hacerse una idea menos deslavazada e impresionista del espléndido legado creativo de este poeta del 27, y Manuel Vázquez Montalbán (Barcelona, 1939-2003), cuya *Memoria y deseo. Obra poética (1963-1990)*, con prólogo de Castellet, se reedita en Debolsillo con muy escasas novedades.

3.- EL CAUDAL QUE NO CESA: APORTACIÓN DE LOS MAESTROS

Expondremos aquí –con una doble excepción– las contribuciones poéticas al año 2005 de las tres primeras promociones de la posguerra: la de los años 40, 50 y 60. Pero, antes de afrontar este empeño, revisemos dos publicaciones pertenecientes a los patriarcas de la poesía española: Victoriano Crémer (Burgos, 1907) y José Antonio Muñoz Rojas (Antequera, 1909). Ambos alcanzaron a ver editado algún libro suyo en la inmediata preguerra y ambos le están siendo fieles a la poesía hasta el final. De Crémer hay que consignar la aparición de *El Palomar del Sordo: Poesía en llamas* (Ramón Villa), conformado por 37 poemas inéditos que vuelven a situarse, con la tensión verbal de siempre, a orillas del hombre: en su vertiente existencial (“todo niebla, todo sombra”) y en su vertiente histórica, atormentada por un filo de destrucción y de espanto. *La voz que me llama*, de Muñoz Rojas, vio la luz en la Editorial Pre-Textos y culmina un proceso de reivindicación que está en marcha –este libro vuelve a demostrar con cuánta justicia– desde hace algunos años. Esencial en la forma y en el fondo, *La voz que me llama* recapitula motivos muy queridos del poeta: la soledad sonora, el misterioso ser de lo sombrío (“esos hondos de Dios que Dios se sabe”), el fluir temporal, la inocencia de las cosas sencillas, la comunión con la naturaleza y ahora la ausencia –que es otra forma de presencia “más honda”– de la esposa muerta.

Respecto a la promoción de los años 40 –ya tan llena de huecos–, cabe anotar la contribución a la poesía del año 2005 de uno de sus poetas más dinámicos: Carlos Edmundo de Ory (Cádiz, 1923), que publicó *Los aerolitos* (Calambur), intuiciones concentradísimas, como una especie de protocélulas poéticas o filosóficas, donde la eutrapelia (“Soy un sabelonada”, “Besos comunicantes”, “Todo es huevo bajo el sol”, “Lavandera, lava la bandera”), la ironía (“Los hambrientos de absoluto comen nieve”), y lo provocador (“El fuego es bello, luego el infierno es bellísimo”) no ocultan un sistema de pensamiento existencial (“Hay que salvar a Dios a toda costa”), sociológico (“Prefiero la angustia a la sumisión”) y poético (“Mi oficio es encender llamas”) cimentado en una ética irrenunciable: “Sé poeta un instante y hombre todos los días”.

Mucho más activa ha sido durante el año la presencia editorial de poetas enmarcados en la promoción de los 50 y sus alrededores. Así, otro de los grandes

líricos españoles –trasplantado a México– que dio señales de vida el año 2005 fue Tomás Segovia (Valencia 1927), cuyo libro *Día tras día* (Pre-Textos) viene configurado, a nuestro juicio, por dos postulados angulares: la conciencia de quien se siente arrojado al tiempo y la fe en la energía regeneradora, purificadora y liberadora de la belleza. La demolición de los años, así, se vuelve reversible y todo lo perdido –la inocencia, la luz, la libertad: “una antigua exigencia luminosa”– le será devuelto al apátrida. El alba (“Mis ojos serán siempre matutinos”) se presenta, por tanto, como el principal símbolo configurador de ese retorno a “un mundo no bautizado aún” y todavía situado en los preliminares de la historia. Junto al alba, también la lluvia, el soplo de la brisa o el silencio representan el regreso al origen, la sutura de un universo envilecido y humillado. Devuelto al centro de sí mismo, podrá, por fin, el hombre “salir a respirar oscuramente libre”. Es esta, por otra parte, una poesía de “austeras ramas”, desnuda de adherencias prescindibles, que sobrecoge por su simplicidad, por la lucidez con la que impone –“cuán vivo puede estar un hielo vivo”– su presencia de astro.

A uno de los canónicos, José Manuel Caballero Bonald (Cádiz, 1928), corresponde uno de los libros más aclamados del año: *Manual de infractores* (Seix Barral). Se trata, sin duda, de un texto ejemplar, tanto desde el punto de vista de la propia obra –de la que no es mera agregación, sino culminación orgánica–, como por lo que se refiere a la identidad misma de la poesía que suele hacerse hoy en España, tan convulsiva y prescindible. En este sentido, de *Manual de infractores* nos interesa, sobre todo, el nivel de autoexigencia que exhibe: nada en él es fortuito o impostado. Cada verso remite al poema, cada poema remite al conjunto y el conjunto remite a la obra entera de Caballero Bonald. Una sola pieza desajustada agrietaría todo el entramado. Por lo demás, ahí está la cosmovisión entera del poeta: la lucidez de volver a constatar que “la nada colinda con la nada” y que, frente a tantas formas de destrucción, sólo la palabra puede llegar a destruirnos de una forma gloriosa.

Junto a Caballero Bonald, es de justicia mencionar, con agradecimiento, otros libros decisivos de esta promoción que nos dejó el 2005. Hablamos, por ejemplo, de *Elogios y celebraciones* de José Jiménez Lozano (Ávila, 1930), que vio la luz en Editorial Pre-Textos. Como toda su poesía, la sobriedad de la palabra, sin turbiedades retóricas, facilita el acceso a lo esencial. Son, así, poemas escuetos, que arraigan en lo cotidiano, pero cuya verdadera patria se asienta en el Absoluto: “Escribió unas palabras, / y luego las tachó. Pero / Dios vio su villanía o su belleza. / Permanecen”. Símbolos como la estancia cerrada, los astros o los pájaros expresan esa religación con la trascendencia, más allá de una realidad que ha perdido su carácter sagrado. No todo tiene la misma tensión lírica, pero, en conjunto, el libro es un modelo de renuncia retórica, de lucidez, de originalidad y de ironía.

Importante por constituir, a nuestro juicio, uno de sus poemarios más ineludibles, nos parece *La herida de Odiseo*, de Jacinto Herrero Esteban (Ávila, 1930). Ganador del Premio Fray Luis de León de Poesía y editado por la Junta de Castilla y León, se concentran en él todo el clasicismo y toda la destreza técnica del poeta abulense. Relectura muy personal de Homero para un tiempo que no recuerda a Homero y desde la convicción, expresada por el autor del libro, de que “el fuego de un profeta no se extingue”.

Premiado, asimismo, con el Ciudad de Badajoz, que consigue *ex aequo* con el joven Javier Vela (véase el apartado 6), *Las puertas de la sangre* (Algaida), de Rufino Pérez Morillón (Mérida, Badajoz, en fecha sin especificar), trae una poesía intensamente temporal y la conciencia de un hombre que recapitula su vida, urgido por la noche, que se le “acerca codiciosa”. Ante su llegada, el poeta busca un último anclaje en el amor, en el retorno a la infancia y, tal vez, en un incierto Dios que amortigüe el naufragio.

Tampoco pasó desapercibido, tanto por sus calidades objetivas como por el largo prestigio del autor, Manuel Mantero (Sevilla, 1930), su último poemario, *Equipaje* (rd editores). Dos años de trabajo (2002-2004) han conseguido perfilar un centenar de poemas que se orientan, serenamente, hacia las orillas del más allá. Libro, pues, de recapitulación, prescinde, así en la forma como en el fondo, de elementos superfluos: solos Dios y el poeta, revisan el sentido último de lo vivido desde los resplandores de la muerte. Pero, según escribe, “el no ser” no equivale a “la nada”. Estamos, pues, ante un libro de despedida, sí, pero confortado por la relación maravillosa que el hombre ha tenido con los seres y con los objetos que le han dado razón de sí mismo y un sentido vital que no acaba en la frontera, sino que se proyecta, esperanzadamente, más allá de esos límites.

Como libro de plenitud, donde se acumulan sucesivos logros de pensamiento, de intertextualidad y de estilo, puede considerarse el libro de María-Victoria Atencia (Málaga, 1931), *De pérdidas y adioses* (Pre-Textos). Su título, bien revelador (“como si cada día no fuésemos haciéndonos / de pérdidas y adioses”), fija existencialmente el poemario, asumido en un momento de la vida donde la experiencia y los presagios se anudan en un abrazo de claroscuros. De hecho, todo en estos poemas parece fronterizo entre dos dimensiones, entre dos “patrias” o “exilios” comunicados a través de la poesía: luz y sombra, amor y soledad, vida y cultura, sueño y vigilia, vitalismo y muerte constituyen los conceptos dicotómicos que contienen en el libro. De todos, la poeta profundiza en tres: el amor (“Tan sólo con mirarte se acababan mis ojos”), la poesía (“para inventar la vida que me falta”) y la muerte (“un retorno a la nada y su festín vacío”) y lo hace desde una lucidez que sólo puede dar el ojo que mira, simultáneamente, a los dos reinos: demorado “en la raya / entre el vivir y el desvivirse”. Muy sobria en la forma, también esta escritura representa una

manera de culminación estilística más concentrada y crepuscular, pero no por ello menos deslumbrante, pues –explica hermosamente Atencia– “No deteriora el tiempo la belleza: / la perfecciona en otra manera de hermosura”.

No han faltado, asimismo, durante el año que nos ocupa, publicaciones pertenecientes a miembros de la llamada promoción de los 60: la de aquellos que, desde el realismo imperante en los 50 –aunque ya mitigado–, tendieron puentes hacia otras dimensiones poéticas menos lastradas por lo denotativo. Uno de estos poetas, Ángel García López (Cádiz, 1935), dio a la luz en 2005 –pese a que, en página inicial, se fecha, erróneamente, un año antes– el volumen *Poesía (1989-2004)* (Universidad Popular San Sebastián de los Reyes), que continúa la publicación de su poesía completa, ahora desde *Perversificaciones* (1989) hasta *Apócrifos* (2004). Enriquecen el texto un “Prólogo” de Rafael Guillén y unas útiles Bibliografía y Cronología a cargo de Ángel Manuel Yago.

Aunque menos dedicado a la poesía que a otros géneros –teatro, novela, artículo, ensayo– aquélla ha alentado siempre, como alimento sustancial, en todos los escritos de Antonio Gala (Córdoba, 1936) y protagonizó, el año que nos ocupa, su poemario predilecto: *El poema de Tobías desangelado* (Planeta). Definido por él como “la historia de un viaje enamorado”, distintas geografías y un solo compañero –“Ángel mío, demonio”– protagonizan un itinerario simbólico: el que conduce a los amantes al centro de sí mismos, que es, en cada uno de los casos, el centro del otro: “Pero ¿adónde, hacia dónde? / Tú hacia mí. Yo hacia ti”. Se va desplegando así, una reflexión sobre el amor y sus dicotomías: la destrucción y la salvación, la imposible plenitud y la única forma de sobrevivir a la muerte: “Grita mi nombre cuando muera / ... / sobre nosotros caerá lo oscuro en vano”. Con un discurso poético sencillo, pero arrebatado de tensión, Gala –“También el ángel muere”, concluye evocando a Lorca– es fiel aquí a la raíz que ha sostenido su obra entera: una melancolía siempre matizada por la entereza senequista.

Poeta tardío, pero ineludible, Carlos Pujol (Barcelona, 1936) publicó *Versos de Suabia* (Pre-Textos), cuya sencillez expresiva no se queda en el título, sino que abarca el conjunto de su discurso poético, puesto que, como escribe, todo buen poema “solamente ilumina lo sabido / con humildes palabras”. Machadiano en esto, lo es también en su concepción del mundo como un misterio al que debe orientarse el corazón del poeta, sin agotarlo nunca. “La claridad me vuelve indescifrable” advierte ya el primer poema y este programa se cumple meticulosamente. Pujol habla de cosas mínimas (“lo más pequeño dura”) con vocablos familiares y ahí está su grandeza: en empujar a esas cosas y a esos vocablos hacia un espesor que acaba nombrándolo a él mismo en el centro del hombre y que deja en el lector un escalofrío de belleza “esquiva y siempre a punto de romperse”.

Decisiva nos parece, una vez más, la aportación de Clara Janés (Barcelona, 1940), que honró la poesía de 2005 con *Fractales* (Pre-Textos).

Aparecidos al mismo tiempo que *La voz de Ofelia* (Siruela), otro libro en prosa que evoca su relación con el poeta checo Vladimír Holan (1925-1980), estos poemas no le son ajenos, efectivamente, al gran maestro por el que la barcelonesa demostró una fidelidad heroica –llegó a aprender la lengua checa para poder conversar con él y leerlo en su idioma– y a quien tradujo sin traicionar su espíritu. Así, la de *Fractales* es, también, como la del checo, una escritura “de ángulos inquietantes” que tensa el ser del lector al reclamarlo desde el otro lado de la frontera: “Ser con el aire / lo profundo, / lo que se abre / indefinidamente / y va más allá...”. Ni el yo, ni el ojo, ni el espacio, ni el tiempo, ni la palabra que los roza son realidades estables, sino imágenes en fuga: “No simetría, no, / sino salto / para avanzar, / y una apertura / al trayecto infinito”. Estamos, por tanto, ante un compendio de poemas herméticos, densos en su desnudez y transparentes en el centro de una opacidad que centellea, machadianamente, “desde la niebla de un misterio”. Situado en esta dimensión equívoca, el lector comprende que todo puede ser lo que es y, de forma simultánea, puede ser también su contrario: “Dime / si la luz / es el reino de lo oscuro / como es la noche / el día / de los astros”.

Nacido en Almodóvar del Campo (Ciudad Real, 1933), Carlos Baos Galán se hizo acreedor al VII Premio de Poesía Eladio Cabañero, convocado por el Ayuntamiento de Tomelloso, con *La piedra imantada* (Algaida), un poemario que, en efecto, muestra afinidades con coterráneos como el propio Cabañero o Félix Grande y, más allá de ellos, con el espíritu de una poesía nacida aún en las estribaciones del existencialismo: así lo profesa el poeta al definir su escritura como “mi oficio de abismos” y, “con tinta que puede ser tu sangre”, arrojar al fondo del ser mediante un poema caudaloso y entrecortado, interrogativo y puesto a hornear en lo más espeso del hombre: en suma, más atento –pese a muchos resplandores formales– a la ética que a la estética.

Por último, más por su vigor conceptual que por lo rotundo de su estética, debemos consignar aquí el poemario *Los colores del hombre* (Devenir), de Guillermo del Río Canas (Sesnández, Zamora, 1934), que postula una cosmovisión participativa (“Sal a la calle y vive”), evocadora del *Carpe diem*, pues, en efecto, tras el blanco, el verde y el rojo de la vida, sobrevendrá el morado como “sombra perenne”, bajo cuya ley llegará a ser el muerto, en la mejor de las hipótesis, “sólo curiosidad o indiferencia”.

4.- NOVÍSIMOS DEL 70: DEL RASO AL HOMBRE

Sin duda, aquella promoción tan parcial y hábilmente presentada en sociedad por Castellet en el año 1970, constituye hoy uno de los núcleos más activos del panorama poético español. Hace mucho tiempo quedó atrás la beligerancia que aglutinó a bastantes de ellos en contra de una poética que se movía

en torno al hombre –en su doble dimensión: existencial y social– con patetismo exagerado. Aquellos jóvenes se alejaron de dicha práctica (a veces, hay que reconocerlo, demasiado ostentosamente) y exhibieron una alternativa distanciadora respecto al tiempo histórico que tenía como ejes vertebradores el culturalismo y la preocupación formal. Muchos años después, en sus mejores libros, han vuelto al hombre y, sin traicionar aquel programa estético, impulsan una poesía meditativa que ha recuperado –hasta donde sus principios se lo permiten– una bienhechora tensión arterial.

Es bastante la bibliografía de estos autores que ha enriquecido el 2005. Llama la atención, por ejemplo, el trabajo casi compulsivo de Leopoldo María Panero (Madrid, 1948), de quien han visto la luz dos libros: uno, en colaboración con Félix Caballero, titulado *Presentación del Superhombre* (Valdemar); y otro, *Poemas de locura seguido de El hombre elefante* (Huerga y Fierro editores), en solitario. Ni que decir tiene que, en los dos, Panero sigue siendo absolutamente fiel a su poesía entrecortada y nihilista, donde lo subversivo, lo escatológico, lo culturalista, lo sorprendente, lo esquizofrénico, lo anodino y lo genial confluyen en una corriente de lucidez que lo arrastra todo hacia “un abismo al fondo de la nada”. Mucho más embridada, la poesía de César Antonio Molina (La Coruña, 1952) ha encontrado su máxima economía verbal en *En el mar de las ánforas* (Pre-Textos), conjunto de piezas de una gran densidad reflexiva que abarca desde el concepto de poetizar (“mis palabras / dónde su linaje / ni lo conozco / ni me conocen”) hasta el destino último del hombre (“el más allá / no es parte alguna”): todo ello desde una estremecedora conciencia temporal y confiado a una escritura sin concesiones a lo manido y que prescinde “de una gramática cotidiana y de un léxico cotidiano”, según declara el poeta.

Luis Antonio de Villena (Madrid, 1951), siempre tan activo editorialmente, publicó *Los gatos príncipes* (Visor), poemario ganador del VII Premio Internacional de Poesía Generación del 27. En él, con algunos nuevos matices de pensamiento y de expresión, se reitera, contradictoria, la visión del mundo que propugna Villena, adherida a cuatro ejes centrales: la conciencia de decrepitud y el desengaño (“Sólo fue un sueño la verdad del mundo”); la nostalgia de lo apolíneo en tiempos de tanta sordidez; la reivindicación de la palabra como instrumento profético y transgresor; y, en fin, como contrapeso –“Recorreré tu cuerpo que es agosto y junio”–, la fe que se mantiene aún, a contraviento, en la maravillosa concreción de la carne.

Otro premio –esta vez el Ciudad de Córdoba “Ricardo Molina”– recayó en *El paseante* (Hiperión), de Francisco Gálvez (Córdoba, 1945), libro definido por un fuerte matiz simbólico y temporal. De hecho, los dos símbolos axiales del libro –el caminante y la casa– se superponen para expresar ese viaje a las propias raíces donde las convenciones se diluyen y todo es fronterizo: “ahora que estoy afuera / pero voy por dentro”.

Asimismo, una aguda conciencia temporal traspasa el nuevo libro de Saturnino Alonso Requejo (Remolina, León, 1941) machadianamente titulado *El viajero* (Diputación de Salamanca), y que vio la luz casi al mismo tiempo que otro, en exquisita prosa poética, y bautizado *Qohélet el buscador* (Colección Lunaria). El viajero, pues, exhibe, de principio a fin, la simbología del tren, que articula su estructura (Andén primero, Andén segundo, Andén tercero y Andén final), combinado con el ciclo de las estaciones del año, que culmina el mes de diciembre “en el fulgor de la navaja”. El hombre (“aun en su propio sueño es extranjero”) viaja así hacia los fundamentos de ser, avalado –véase la recurrencia de la imagen religiosa– por la seguridad de un Absoluto que lo ampara al otro lado de la frontera. Los referentes culturales clásicos y modernos no obstaculizan una atención a la vida en torno celebrada mediante palabras poco usuales y que nos llevan a tocar el fondo más abisal del castellano.

Arraigado en la misma tradición del “homo viator”, del viajero que acaba perfilándose en la nada, está el libro de Manuel Jurado López (Sevilla, 1942), que, bajo el significativo título de *El invitado incómodo* (DVD) había obtenido el Premio Ciudad de Palma Rubén Darío 2004. Pero más que el carácter elegíaco de un canto que se sabe firmado por la devastación –“La muerte siempre firma con ceniza sus cartas”– nos deslumbra su espléndida forjadura formal: ubicado entre el Barroco y el Modernismo todo él está escrito en un verso alejandrino suntuoso, plástico y refinado con el que experimenta hasta extraerle su máxima tensión musical.

Hombre de obra pausada, Carlos Piera (Madrid, 1942) la incrementó en el año 2005 con *Religio y otros poemas* (Abada Editores), que afronta la dicotomía del hombre en su doble condición: como ser de palabra y como ser de materia. La primera parte, protagonizada por Lu –que representa la protosílaba o “sílaba simiente” y el origen del canto– instauro el mundo de la creación y, con él, el instante sin tiempo, el puro espacio –“Surges / y no hay aquí ni allí”– donde todo está en todo. El aire y la luz constituyen el ámbito donde se verifica el prodigio. Frente a ellos, ya en la segunda parte, ganan protagonismo la tierra y el agua como símbolos de caducidad, pues aquel semidiós que fue el poeta se torna en habitante de un paisaje de espectros, precipitados todos a la muerte “como las hojas en el torbellino”. También el discurso lírico, que en la primera parte destellaba fuertemente aliterativo, con empaque litúrgico, se muestra aquí entrecortado y ceniciento.

Galardonado con el IX Premio de Poesía Ciudad de Torrevieja se presenta en sociedad (Plaza y Janés) *El ángel yuxtapuesto*, de Julio Herranz (Rota, Cádiz, 1948), poemario de estirpe cernudiana aunque bien matizado por otros débitos y homenajes conscientes –Fray Luis, Juan de la Cruz, Teresa de Jesús, los Machado, Caballero Bonald–, que insiste, entre lo coloquial y lo irracionalista,

en el tratamiento de un erotismo demolido por sus propias fuerzas oscuras: como último superviviente, el “ángel devastado” espera, deambulando a través de una galería de nebulosas (“y ya no vivo en mí sino en reflejo”) el beso de la muerte.

Con mucha atención ha sido recibido, por los lectores iniciados, *La certeza* (Tusquets), de Eloy Sánchez Rosillo (Murcia, 1948). No en vano, pues este volumen nos parece –con la excepción de algún texto menos sostenido– uno de los más ineludibles libros del año. Su capacidad elegíaca, la transparencia de sus meditaciones, su admirable andadura rítmica, la unidad tonal, el sentido arquitectónico del poema y una cosmovisión que, aun noblemente melancólica, se niega siempre a profesar en el nihilismo, hacen de este poemario, en efecto, una experiencia de lectura –pide el propio Rosillo– “cálida y habitable”. Sobre un fondo de clasicismo y de estoicismo, el poeta rescata, como palabra y como concepto determinantes, la luz: “esta luz que hasta el fondo nos redime”. A ella se aferra sin desmayo una esperanza que se propugna en estos versos –tan emanados del dolor, por otra parte– como antídoto contra la corrosión –“no, la muerte no mata”– del tiempo y sus heraldos.

Muy diferente en intención, en diseños y en contenidos es la última entrega de Justo Jorge Padrón (Las Palmas de Gran Canaria, 1943), *Hespérida. Canto Universal de las Islas Canarias* (Visor), que se acoge, audazmente, al género clásico de la epopeya (en honor a su archipiélago nativo) con un resultado desigual: hay fragmentos que cautivan y versos deslumbrantes, pero no puede negarse que acecha siempre, entre este cúmulo de endecasílabos y de alejandrinos, el peligro de la monotonía. Un poemario así hoy nos parece una empresa quijotesca donde lo más admirable es la fe del poeta en su aventura.

Junto a él, otro respetado poeta insular de esta promoción Andrés Sánchez Robayna (Las Palmas de Gran Canaria, 1952) ha publicado, en colaboración con Antoni Tàpies –que ilustra, subyugadoramente, sus textos– *Sobre una confidencia del mar griego, precedido de Correspondencias* (Signos. Huerga y Fierro editores). El poeta no renuncia aquí a ningún rasgo esencial de su escritura –rigor, plasticidad, clasicismo, renuncia a lo excesivo del sentimiento y de la retórica– ni de una cosmovisión alentada por la luz y por un paraíso cenital (el océano, las islas) que se define como “presencia pura”. Pese a esta voluntad centrípeta, se aprecian ya, sin embargo, muchos indicios de erosión colectiva y personal que entregan al poeta, en el centro de tanto resplandor, a los brazos del tiempo: “Hoy este sol herido / sobre el tiempo jadea. / En la losa caliente, / sólo unas flores secas”.

A Julia Otxoa (San Sebastián, 1953) le debemos *Taxus baccata* (Hiperión), uno de los poemarios más desasosegantes del año 2005. Ilustrado, en cada página, por un dibujo geométrico de Ricardo Ugarte, todos estos textos parecen situarse –visual, conceptual y sentimentalmente– al borde de un

abismo. Es así como “la poesía pertenece más al naufrago que al navegante” y mucho más, desde luego, al poeta que, lejos de balancearse en el centro del mundo, lo justiprecia desde el desarraigo (“Sé que moriré extranjera”), esto es, desde la marginalidad “como única posibilidad de existencia”. La precisión a la que se llega en el diagnóstico existencial, poético, ético y político es sobrecogedora, pese al despojamiento que exhibe su escritura: “Mi país, círculo de espantapájaros donde arder” dice una escueta línea antes de descolgarse hacia el despeñadero. La intermitente alucinación surrealista, lejos de enturbiar el análisis, arroja sobre él una radiación de ultralógica que lo afila audazmente hasta que el ojo llega a ser “cada mosca posada con ávido rigor en las heridas”.

El viejo motivo de la vida aceptada como lucha que debe disputarse con coraje y belleza estructura *Esgrima* (Ediciones Trea), el nuevo libro de Carmen Pallarés (Madrid, 1950). Dotado de un gran trasfondo ético, este tratado enseña a vivir con dignidad y a morir con estoicismo: a ser, entre el “Saludo” y la “Despedida”, esgrimidores ecuanímenes, pragmáticos, sobrios: “Den siempre el paso a tiempo, / y retírense a tiempo”. Tales enseñanzas aparecen coherentemente canalizadas a través de una poesía escrita “con naturalidad, sin artificio”, pues, en efecto, cualquier movimiento vacío puede tener, así en la lucha como en la escritura, consecuencias fatales.

Pintor y poeta coetáneo a los “Novísimos”, aunque dio a conocer su obra poética tardíamente (1990), es Juan Massana (Barcelona, 1950), a quien el año 2005 vio editar *Huésped de tu voz* (Visor), libro que transita, desde una escritura muy cuidada, algunas constantes del surrealismo y, en general, de las vanguardias. Tales son, por ejemplo, las imágenes de la amputación y del laberinto, la preferencia por una metapoética –“en el desfiladero, / en la arista”– de la deconstrucción o algunos motivos predilectos como lo onírico y lo angélico. Y, al fondo, siguiendo al surrealismo que dejó de ser juego, una entrevisión atormentada, culturalista e irónica.

La transparencia ha sido, por el contrario, una de las aportaciones permanentes de Miguel D’Ors (Santiago de Compostela, 1946) a su poesía y lo sigue siendo en *Sol de noviembre* (Númenor), conjunto que combina una engañosa ligereza con una densa, sobrecogedora y elegante gravedad. Porque, en efecto, su dominio de la versificación (apenas comparable, hoy por hoy, con ningún otro poeta) podría detenernos en esa formidable taracea sin reparar convenientemente en una cosmovisión que abarca “pasadizos extraños que van enmarañando / tiempos, sueños, lugares y nostalgias”. Cuatro convicciones presenta el libro: el arraigo en la tierra nativa, cuya sucesión de topónimos, a la manera unamuniana, se va desgranando en emocionada letanía; la fe en la supervivencia de la palabra poética (“unos pocos destellos de verdad y belleza”) frente a las turbulencias caedizas de la historia; la certidumbre de un amor que “dura mucho más / que la presencia del amante, mucho / más que el amante

mismo, / como la luz de las estrellas muertas”; en fin, la seguridad del Absoluto (un tema tan atípico ahora) que centellea en la solemnidad y en la ironía, en lo elegíaco y en lo conversacional, en el pincel de Fra Angélico y en la hoja del chopo.

Llama la atención, en muchos sentidos, *Plaza Mayor* (Diputación de Salamanca), de José Manuel Regalado (Castillejo de Huebra, Salamanca, 1941), poemario que instruye acerca de cómo se puede hacer derivar un tema autoimpuesto (en este caso, la celebración de la centenaria plaza salmantina) hacia coordenadas trascendentes. Con una sobriedad, una limpidez y un contenido barroquismo que consueñan bien con la pieza arquitectónica que protagoniza los textos, Regalado reflexiona, metafísica y metapoéticamente, sobre esa “perfección del centro” en la que el hombre y su escritura aspiran a salvarse, pues ven en lo geométrico un antídoto contra el caos. Allí –no lugar, sino estado– se concentra lo esencial del ser: el amor y la muerte, la memoria del padre muerto, el ansia de plenitud (“tensión hacia este centro”) y, en fin, la aspiración a una escritura depurada, traslúcida y –en el mejor sentido de la palabra– hermética: “Mantendrás el secreto de este centro del mundo”.

Adscrito, por el contrario, a coordenadas románticas, aparece *Del otoño tardío* (Poesía / Cátedra), de Pascual Izquierdo (Sotillo de la Ribera, Burgos, 1951). Se trata de una sostenida reflexión entre amorosa y metapoética, transfigurada por “esa luz misteriosa” que impregna el libro –“Todo se acaba ya”– de un ademán de despedida. Con instinto metafórico y tendencia al exceso verbal, Izquierdo apuesta por una poesía declamatoria, poco decantada en los matices. De Bécquer, siempre al fondo del libro, adquirió estrategias retóricas muy bien utilizadas: le ha faltado secundarlo algo más en su concepción austera del poema.

Con una buena facilidad para la poesía elegíaca vemos a Antonio Parra (Murcia, 1954) en sus *Tardes de domingo* (Renacimiento), conjunto desigual, pero cuyos contenidos centrales –la corrosión del tiempo, la infancia, la rememoración de seres queridos– encuentran, en ocasiones, cauces de expresión muy sugestivos y una emotividad –“de toda biografía sólo queda / el aroma de la emoción que vuela”– que evita precipitarse en el patetismo. También lo evita, pese a haber hecho una de las selecciones temáticas más difíciles del año 2005 Juana Castro (Villanueva de Córdoba, 1945) que, con su libro *Los cuerpos oscuros* (Hiperión), ganador del XXI Premio Jaén de Poesía, trata un asunto ciertamente comprometido a priori: la experiencia de la enfermedad del Alzheimer a través de sus padres, “mis niños arrecidos, tan huérfanos de mí”. El resultado poético no puede ser mejor: lejos de toda frontalidad, embridado el sentimentalismo y de la mano de un lenguaje densamente simbólico, la poeta se arroja, con todo el ser convulso (la conciencia, la autoestima, la memoria, la ternura, la voz) a un abismo de abismos, como a un dragón “abierto que no se sacia nunca”.

“A punto de vejez”, como dice, y gravemente injuriado, en ocasiones por los duendes de imprenta, se hizo público *Hasta mañana, mar* (Visor), de Francisco Díaz de Castro (Valencia, 1947), premiado con el Ciudad de Melilla. Con un poso de inquietud barroca —el término “engañoso” es reiterativo—, estremecedoramente temporal, perpleja en laberintos abisales cuyo Teseo es la memoria, esta poesía sustenta todos sus contenidos en la conciencia de la muerte, que hace del hombre sólo “ceniza que legar a las tinieblas”. Símbolos como la niebla, el naufragio, los viajes, el muro y, desde luego, el mar hablan de la inútil pasión de la vida, pese al reclamo de cosas como el amor o la ebriedad mediterránea que circunda el poeta: hebras de luz (“Un espejo sonoro es este mar”) que no lograrán sacarlo de su ensimismamiento.

Disidente de la poética “novísima” —aunque no dejó de coincidir con ella en bastantes procedimientos formales— fue Agustín Delgado (León, 1941), que publicó el año que nos ocupa *Discanto* (Visor), selección panorámica de su obra, prologada por quien fuera compañero suyo en el núcleo de la revista *Claraboya* y hoy novelista excepcional, Luis Mateo Díez. Vertebrada en dos partes —“discanto” y “sansirolés”—, se trata del itinerario de una poesía de no fácil acceso, ni desde el punto de vista bibliográfico ni desde el punto de vista intelectual. Ideológica y formalmente desestructurador, en ocasiones se compromete tanto en la impugnación de los discursos dominantes —el profesor vacuo, el “poeta del silbido”— que rompe toda ligazón con la lógica, esto es, se convierte, literalmente, en “discanto”. Cuando esto ocurre, el lector debe aceptar otro discurso, en el que ritmos y juegos fónicos, ironías y eutrapelias, referencias culturales y proezas verbalistas lo significan casi todo.

Aporta novedades, aunque se trate de un compendio antológico, el volumen *Poemas escogidos. Antología 1965-2005* (Junta de Castilla y León), de Luis Javier Moreno (Segovia, 1946), especialmente por la inclusión en él de un buen número de textos inéditos, escritos —sin más especificación— entre 1965 y 2005. Vuelven a deslumbrar en ellos algunas características que han hecho de este poeta una voz respetable por su perfección formal —centelleante siempre “en la pureza estricta de una línea trazada”— y por negarse a componendas con lectores acomodaticios. Antes al contrario, la ironía, el culturalismo, el control emocional y una concepción hermética de la escritura actúan como elementos disuasorios frente a los depredadores de la poesía, tan temidos siempre por él.

Una preferencia de la esencialidad sobre lo decorativo, un equilibrio unamuniano entre pensamiento y sentimiento y una concepción de la poesía como alquimia que llegue a cuajar lo pasajero en canto perdurable son las características que aporta Manuel Neila (Hervás, Cáceres, 1950) en *Huésped de la vida (poesía 1980-2005)* (Libros de Peixe), oportuna compilación de seis libros, inéditos unos y publicados parcialmente otros, que nos ponen en la estela de una

poesía (a veces, en forma de prosa) severa, a un tiempo celebrativa y elegíaca, muy instalada en zonas fronterizas (*Cantos de frontera*, titula Neila, con palabras de A. Machado, uno de estos conjuntos), donde, leemos, “lo visible se muestra a lo invisible”.

Quede constancia, por último, de la recolección que Javier Reverte (Madrid, 1944), mucho más entregado a la prosa que al verso, ha hecho de toda su obra poética –errática, desinhibida, desgarrada, irónica, muy en brazos de la realidad– a la que titula *Trazas de polizón. Poesía: 1979-2004* (Plaza y Janés).

5.- LOS ÚLTIMOS NACIDOS BAJO EL SIGNO DE MARTE

Se verán incluidos en este apartado los poetas nacidos entre los años 1955 y 1975, esto es, durante las dos últimas décadas de la Dictadura. En el día de hoy cuentan, pues, los mayores con 50 años y los más jóvenes con 30. Tiempo, como se ve, suficiente en el primero de los casos para hablar de una consolidación literaria y, en el segundo, para poder hacerse una idea relativamente firme de qué puede o no puede esperarse de cada uno de ellos. Como era previsible, la poesía del año 2005 se nutrió, en una alta proporción, de poemarios provenientes de estos autores. Así pues, deberemos limitarnos a hacer un recuento vertiginoso de sus aportaciones más relevantes, procediendo, para no desorientar al lector, por riguroso orden cronológico, según fecha de nacimiento.

Así, al año 1955 pertenece Neus Aguado (aunque es argentina de nacimiento arraigó muy pronto en Cataluña), autora de *Intimidad de la fiebre* (El toro de Barro, Cuenca), donde encontramos un tratamiento descarnado y poco convencional de la palabra, que ilumina, desde perspectivas menos transitadas, aspectos del amor y de la muerte, de la propia identidad y de una poesía, en tensión, que pugna por “decir lo indecible”. Publicado sólo unos meses después de que obtuviera el Premio de Poesía Hermanos Argensola 2005, *La noche en blanco* (DVD / Ayuntamiento de Barbastro) de José Luis Morante (El Bohodón, Ávila, 1956) aporta un depurado discurso que huye del sentimentalismo mediante la activación de algunas estrategias –como la tendencia a lo hermético o el predominio de la epítesis neutra frente a otra más emotiva– distanciadoras de lo cordial. Bajo ellas se intuye, sin embargo, una concepción desoladora del proceso amoroso (y, en general, de la existencia: “Soy un tedio vulgar lleno de libros”), avalada por una imaginería que insiste en la desposesión, en la oscuridad en el desarraigo, en la sordidez y en la ruina. Otro del 56 es Eduardo Jordá (Palma de Mallorca), que saca a la luz *Mono aullador* (Algaida), III Premio de Poesía Ateneo de Sevilla. Llama la atención, en este libro, su condición poliédrica: entre lo lírico y lo narrativo, entre lo culto y lo vital, entre lo irónico y lo trágico, mani-

fiesta, sobre todo, una extraordinaria lucidez para detenerse en los límites, sin traspasarlos nunca con excesos que hicieran tambalear el poema. Sus contenidos participan, también, de esta condición caleidoscópica: de la celebración a la elegía, Jordá exhibe una tensión existencialista (una de cuyas raíces nos parece Unamuno), que trasciende su ensimismamiento hacia lo otro y hacia los otros. Precisamente, los otros, ya sean cercanos (“el amor de los míos, que es tan frágil / como el brezo que crece entre las rocas”), ya sean lejanos en el espacio o en el tiempo, constituyen algunos de los caminos más hondos del libro. He aquí el final de “Horno crematorio”: “¿Quién va a decir que el fuego purifica? / Fuiste tú la que al fuego hiciste puro”. Abulense de 1957, José M^a Muñoz Quirós publicó, a finales de año, su libro ganador del Premio San Juan de la Cruz 2005, que lleva el título –tomado de Paul Celan– *Celada de piedra* (Adonais). En él, a una intensa conciencia temporal se superpone una no menos intensa conciencia metapoética. Ambas podrían converger en el símbolo del ave, emblema a un mismo tiempo de lo que huye hacia la nada y de la misteriosa densidad del poema: esto es, de la destrucción del hombre, “fugaz como un relámpago”, y de su salvación al otro lado de sí mismo, allí donde dos alas crepusculares “se llevan la eternidad al fondo de la tarde que cesa”. Libro exigente, sin decodificación posible fuera de él, aporta unos textos (como el pájaro) escuetos, entrecortados, velocísimos: con la urgencia de quien se está desvaneciendo y necesita anclarse a una palabra, como nos dice un verso, “la pura referencia siempre, la eterna referencia”. Este mismo año nació Alejandro López Andrada (Villanueva del Duque, Córdoba), que fue distinguido con el VIII Premio de Poesía Ciudad de Salamanca por su libro *El vuelo de la bruma* (Algaida), en cuyas páginas reconoce el lector una poética de raigambre simbolista –A. Machado, Juan Ramón–, enfrentada, con austeridad de contenidos y de formas, a la pérdida –aves, brumas o ruinas– del entorno sagrado de la niñez, de, sintetiza el poeta, “aquella luz cuajada de misterio”. Por fin, también del 57 y nacida en Barcelona es Rosa Lentini, que publica *El veneno y la piedra* (Icaria), libro que podría definirse como la materialización de un discurso opaco (excepto por lo que respecta a la tercera serie, en la que resalta una hermosa elegía a la madre muerta), del que se desprenden ráfagas de conciencia verdaderamente inquietantes. Así comprendemos cuánta sustancia corrosiva rezuman tanto lo personal (“un cerco y otro y otro”) y lo metapoético (que parece concebir la escritura desde una perspectiva desintegradora) como lo social, donde las alusiones al miedo, a la guerra y al Holocausto no pasan desapercibidas: “Más lejos aún / los leños desaparecen / en carbón / como huesos pequeños / que se atraen entre sí / y se recogen / en un gueto: / la historia roba el pudor / la propia sal / esvástica en la frente”. El veneno y la piedra –palabras que dan título, respectivamente, a las partes primera y segunda– vienen a designar, por tanto, al menos en una clave de lectura, aquel hermetismo y aquella lucidez. En 1959 nació el murciano José Antonio

Martínez Muñoz, cuyo poemario *El viento de la Gehena* (Bartleby Editores, Madrid) conecta con los primeros novísimos por su densidad culturalista, por su concepción fragmentaria y por su experimentación verbal. No obstante, el autor impone su personalidad en esta bajada al infierno cortejado por otras muchas voces abisales –Paul Celan, Ezra Pound, T.S. Eliot, Vallejo o Valente entre muchos– que, como él, “visten la nada / para hacerla soportable al hombre”. Este mismo año nació –en San Sebastián– Karmelo C. Iribarren, cuya compilación poética ha aparecido en 2005 con el título de *Seguro que esta historia te suena. Poesía completa (1985-2005)* (Renacimiento). El conjunto interesa en este recuento especialmente porque, a los dos libros publicados con anterioridad –*La condición urbana* (1995) y *Desde el fondo de la barra* (1999)–, se les agregan aquí algunos “Poemas dispersos” y un libro inédito: *La frontera y otros poemas* (2000-2005). Se prolonga en ellos una poesía de lo cotidiano, desprovista de todo énfasis y empedrada ironía que, por eso mismo, resulta de gran eficacia para transmitir el desencanto personal y colectivo de un tiempo sin grandeza. Un tema para iniciados es el que parece aportar Antonio Rodríguez Jiménez, cordobés, asimismo, de 1959, en *Sagrados labios verdes* (Algaída), donde, a través de una geografía muy sugestiva (que implica, también, al cuerpo), se insinúa un viaje alucinatorio escoltado por brillos y colores intensos (ese “fuego violeta”, ese “caballo amarillo”), por una terminología equívoca (“amapolas blancas que suben por los muslos”) y en especial, por una farmacopea (estupefacientes y compuestos químicos venenosos) que arrasa la dimensión espacio-temporal y sitúa al viajero en trance a la entrada misma de “la ciudad prohibida”. Coetánea rigurosa de los anteriores es, en fin, Julia Barella (Alcalá, 1959), que distinguió el año 2005 con la publicación de *Esmeralda* (Huerga y Fierro editores). Reflexiona en este libro sobre tres temas axiales: la niñez (que aporta a su palabra lo elegíaco), la muerte (que incorpora lo alucinatorio) y la energía creadora (que se reconoce en el rigor). Tres estados, sin duda, confluyentes, pues todos se localizan en “territorios de frontera”, en ese “cuarto mundo” al que se accede tras viajar a Esmeralda (ámbito situado “en el límite de la luz”), donde el ojo del viajero se alarga distorsionado y “todo queda por hacer”.

Ya en la década de los 60 (Valencia, 1961) nació Carlos Marzal, uno de los poetas más interesantes de las últimas promociones. En el año que analizamos compiló sus cinco libros de poesía publicados hasta el momento, bajo el título –tomado del último poema de *Metales pesados* (2001)– de *El corazón perplejo. Poesía reunida, 1987-2004* (Tusquets). El volumen presenta alguna supresión, ciertas correcciones de detalle y el añadido de 14 piezas desechadas, en su día, de los dos libros más recientes: *Metales pesados* y *Fuera de mí*. Queda con ello disponible la obra de uno de los autores de escritura más exigente y de mayor calado existencial –“un escribir que es ser”– de cuantos, a partir de los años 80, vienen dedicándose a la poesía.

Riguroso coetáneo de Marzal es el filólogo, traductor y poeta José María Micó (Barcelona, 1961), cuyo poemario, *La sangre de los fósiles* (Tusquets), desearía el lector menos disperso y, en ciertos pasajes, sometido a una depuración mayor. El poeta posee una destreza clásica y una capacidad reflexiva (el tiempo irreparable, la transitoriedad de los lugares y de los cuerpos, el espejismo de la palabra, las máscaras del ser) que propician piezas memorables; pero la unidad del conjunto queda lastrada por una autocomplacencia que conduce a la inclusión de otras de las que se debería haber prescindido.

De mucho prestigio disfruta Jorge Riechmann (Madrid, 1962). Dicho crédito vino avalado, en 2005, por *Ahí te quiero ver* (Icaria), libro que exhibe todos los antiguos fulgores del poeta —pues “para decir una palabra / es menester todo el mensaje”— en un fanal forjado con temple, sin embargo, distinto, especialmente por lo que respecta a un proceso de despojamiento que nunca había sido tan intenso. Se llega así —“esfuérzate por decir sólo lo justo”— a lo que Riechmann llama la “palabra ventral”: aquella que pierde en elocuencia, dice él, “lo que en búsqueda gana”. Con ello, se perfila más nítido un mensaje que arraiga —“escribir desde ahí”— en la poética del deíctico: *ahí*, en efecto, radica la materia prima de esta poesía: en el espesor del mundo, en el espesor del hombre. Fuera de ellos, de su dolor y de su amor esenciales, no puede existir el canto tal como aquí se entiende: liberador, arrasador, oblicuo.

También en 1962, pero en Barbastro, nació Manuel Vilas, que toma del surrealismo la intensidad verbal de *Resurrección* (Visor), libro que obtuvo el XV Premio Jaime Gil de Biedma. Surrealistas son, en efecto, muchas características del poemario como la confluencia entre el hiperrealismo y lo onírico, las enumeraciones caóticas, ciertas mitomanías (Nueva York o Walt Whitman), una fascinación enfermiza por la muerte y lo putrefacto, por la locura y por el sexo, imágenes que el delirio distorsiona (con preferencia, muchas veces, por la amputación: “este sol encima de una mano cortada”), el humor negro, la antropofagia, lo excrementicio, la contrahechura religiosa o, por cerrar el cómputo, esa permanente crisis de identidad —recuérdese el lorquiano “rostro distinto de cada día”— que tanto angustia al poeta: “no sé quién soy, no lo sé, debe de ser que no soy nadie”. Lorca y Buñuel, sobre todo, y, alguna vez, Neruda están al fondo de esta confesión tan desinhibida como estremecedora, que roza además, con corrosiva lucidez, motivos sociales.

Al 63 pertenece el ibicenco Vicente Valero, de quien, en 2005, vio la luz *Libro de los trazados* (Tusquets), obra de gran concentración simbólica, que combina lo discursivo y lo intuitivo para reescribir el destino del hombre: su aspiración a la luz y al impulso creador, su instinto vitalista, ensombrecido por presencias destructoras, por el fluir de un río, que —parafrasea al poeta Heráclito—, nadie podría “pronunciar” dos veces. Asimismo, en este año nació Vicente Gallego (Valencia) de cuya calidad lírica, muy alentada por maestros

como Claudio Rodríguez, es buen exponente su última entrega: *Cantar de ciego* (Visor), donde, desde una conciencia existencial muy aguda, pone en pie una poética supuestamente inmanentista –“la de los pies de barro”– que tiene, como única función, asimilarse al hombre y consumarse con él: “Yo levanto mi casa para el agua y el viento. / Para que sople el viento y la desgaje, / para que corra el agua y se la lleve”. Pero, antes de sucumbir ambos (y, con ellos, “cuando encuentre la rueda su guijarro”, el universo entero), la palabra será bastión contra la muerte, esa “hermética cámara”, esa “sal sin pupila”, al enarbolar la belleza, la instantánea plenitud de las cosas, el erotismo, la solidaridad o la infancia como transitorios escudos frente a ella.

Un año después, en Salamanca, nació Juan Antonio González Iglesias, otra de las voces más consolidadas de las últimas promociones. A su nutrida obra le agregó, en 2005, *Olimpicas* (El Gaviero Ediciones, Almería). La evocación de Píndaro es de justicia, pues se celebran en el libro los Juegos Olímpicos de Atenas (2004), pero, más allá de lo circunstancial, González Iglesias –“el ateniense que hay en mí”– sigue absolutamente fiel en estos textos a lo que constituye sustancia misma de su espíritu: la melancolía de quien sabe que lo sagrado ha tenido que desertar de este mundo, impelido por la vulgaridad y los fundamentalismos. Así, la celebración de esos cuerpos semidesnudos y deslumbrantes rescata, para “los cuatro mil millones sometidos / a tristes descripciones estadísticas”, aquel ámbito mágico donde los dioses fueron, un día, presencia cotidiana.

También del 64, nacida en Navacerrada (Madrid), es Almudena Guzmán, cuyo nuevo poemario, *El príncipe rojo* (Hiperión), mereció el V Premio Internacional de Poesía “Claudio Rodríguez”, otorgado a finales de 2004. Sobrio, muy rico en intertextualidad bíblica y de alto voltaje simbólico y metafórico, su punto de partida es la debelación de un mundo corroído por la injusticia de quienes –“como una plaga de langosta”– han ido arrasando con todo lo que era noble: “los brotes de los sueños, / el mantillo de la dignidad / y la raíces de la risa”. Por eso, la llegada del “príncipe rojo” debe vengar todas las viejas humillaciones, restituir la dignidad menoscabada y aniquilar a los enemigos de la alegría y de la vida.

El último del 64 (Malpartida, Cáceres) es Diego Doncel, que obtuvo por este libro, *En ningún paraíso* (Visor), el XV Premio de Poesía Jaime Gil de Biedma. La desaparición del mundo natural arrasado por una técnica omnívora, la crisis del yo y una cosmovisión de perfiles nihilistas son tres características del poemario, algunas de cuyas marcas de intertextualidad remiten a Lorca (habitante también en su tiempo de una “ciudad abstracta”) y, desde luego, a Unamuno, de quien Doncel hace suya, al margen de motivos como la niebla o el suicidio, “la tragedia de vivir”. Así surge una crisis de identidad –“Yo no soy yo, soy aquel”– que no mitigan sucedáneos como los psicofárma-

cos o el sexo. Y ni dentro del hombre –“Huele a moho mi infancia”– ni fuera de sus límites, donde campean, bajo una “luz neurasténica”, pájaros “tan drogados como yo”, son posibles ya los paraísos y las utopías.

Al año 1965 pertenece la santanderina Adela Sainz Abascal, autora de *Cartografía del silencio* (Devenir), libro que surge de un fondo psíquico atormentado (“el miedo, sólo el miedo / sostiene la existencia”) y cuyo máximo interés poético radica en una expresividad desnuda de artificio que suena –de ahí que la poeta se prodigue tan poco en sus publicaciones– a necesaria.

En Granada (1966) nació Luis Muñoz, artífice de una de las proezas poéticas del año 2005, al conseguir que la compilación de sus poemas en *Limpiar pescado. Poesía reunida* (Visor) se haya mantenido constantemente en la lista de libros más vendidos. Se reeditan aquí *Septiembre* (1991), *Manzanas amarillas* (1995), *El apetito* (1998) y *Correspondencias* (2001). Sin duda, agradece en ellos el lector una gran densidad de lecturas reposadamente asumidas, una formación clasicista que prodiga medidas en el pensar y en el decir, una tendencia a lo esencial y la convicción de que el único objetivo de la poesía es recomponer –desde una respetuosa distancia: “un poema es un juego / de distancias y llaves”– la imagen fidedigna del poeta.

De este mismo año es la lucense Luisa Castro –la más joven de entre Las Diosas Blancas que antologó Buenaventura en 1985–, cuya obra completa (publicada en 2004) se vio incrementada, al año siguiente, con el volumen *Amor mi señor* (Tusquets), que incluye textos en castellano y en gallego. Constituyen éstos –que siguen ciertos pasos de la poesía galaico-portuguesa– la levadura de todo el conjunto. De hecho, los dieciséis textos escritos en aquella última lengua se integran, traducidos, en la sección que acoge las piezas en castellano. Por lo demás, asistimos a una alegoría llena de dinamismo y de frescura: el soldado de amor, ante la tiranía del amado (“campo que todo lo bebes, / fuente que todo lo secas”), deserta de sus filas, no sin exhibir, bellísimamente –“Yo maté a mi caballo / ... / Para que no me viera llorar”–, su desgarradura íntima. Pero este vacío será ocupado por el Tiempo, “amante más que ninguno”, y único señor cuya firmeza no defrauda.

En 1967 nace en Badajoz Antonio Méndez Rubio, que ha publicado, en el año 2005, el cuarto de sus poemarios: *Por más señas* (DVD). Negada casi por completo a lo referencial, su poesía aquí se hace centrípeta, asumiendo una autonomía que se organiza en su propio ámbito, sin interferencias ajenas. Así, lo intertextual y lo metapoético constituyen la sustancia primordial del libro: la noche y la luz, el viento y el pájaro, la flor recién abierta y la superficie del agua, el azar y la espuma son sólo algunas referencias –“por oír esas señales vengo al raso / para verlas hacerse y deshacerse”– al asedio poético.

Rigurosamente coetáneo al anterior es José Manuel de la Hueriga (Audanzas del Valle, León), de quien conocíamos algunos textos narrativos y

que debuta ahora –entre la prosa poética y el versículo– con *La casa del poema* (Difácil), preludio de un universo creador que encuentra en la raíz telúrica, en la memoria y en algún poeta próximo –como Gamoneda– su razón de ser. Indaga el poemario sobre la poesía –cigüeña que repara su nido “con ramas traídas de muy lejos”– y sus materiales, amasados, equitativamente, “con el asombro de lo nuevo” y “con la bondad de lo cotidiano”. Saludemos, por tanto, una escritura sin alardes retóricos, simbólica e inagotable en sus perfiles significativos: “para inventarle siempre”.

Por último, a este mismo año pertenece Ángeles Pérez López, vallisoletana que sigue empeñada en una obra de lenta destilación cuya quintaesencia resultó ser, en 2005, *Libro del arrebató* (Alcancia), configurado, con alguna excepción, por piezas que ya conocíamos de otros poemarios y que ahora, al agruparse por primera vez en este, ganan nuevos matices expresivos. Se trata de una poesía de inquietante corporalidad, como si la encarnadura de las mujeres que la habitan necesitara ser refundada a cada instante, con furor primitivo, para que el mundo no se desvanezca: “Sé que el mundo es pesado y lo sostengo”. De alguna forma, en efecto, “la mujer es la bárbara ritual” que, encerrada en su cuerpo y sobre él, pinta con rojo de sangre signos atávicos donde se codifican los rituales de la rebeldía, de la fecundidad, del dolor, de la muerte. La incidencia en motivos como el canibalismo (“Para comer tu lengua, los dientes que ahora cantan”) demuestran lo inflamable de un conjunto que, de todas formas, no sobrepasa –pues el auriga permanece frío– el sobrecogimiento necesario.

Como cierre de esta década de los años 60 tenemos a Ángeles López (Madrid, 1969) con su obra *Congrios y cormoranes* (Huerga y Fierro editores), libro que se centra en una concepción desoladora del amor – “¿qué nombre te daré, hombre huidizo que no sabes reír?”– al que siempre se espera infructuosamente –“No es más tarde porque no hayas llegado; / aún te espero”– y del que sólo llega su ausencia: “ahora que eres quien ya no es nadie”. Proyectado sobre un fondo simbólico marino, vemos en este libro una gran creatividad y una gran intensidad de escritura.

Por último, son poetas nacidos en los primeros 70 y que han publicado obra a lo largo del año que reseñamos, los siguientes: Ángel Luis Luján Atienza (Cuenca, 1970) cuyo libro *Una calle cortada* (Devenir) avala una voz muy atractiva desde el punto de vista rítmico y especialmente apta para la expresión de registros existenciales; Vicente Luis Mora (Córdoba, 1970), que ha presentado este año *Construcción* (Pre-Textos), obra de corte vanguardista que el propio autor define como “literatura proyectiva”, donde el intertexto, a nuestro juicio, coarta un impulso más personal; Ana Isabel Conejo (Tarrasa, 1970), que mereció el XX Premio de Poesía Hiperión con su poemario *Atlas* (Hiperión): se trata, sin duda, de una de los logros poéticos jóvenes más indis-

cutibles del año, tanto por su expresividad suntuosa y polícroma –que conecta con algunas fórmulas de los años 60 y 70– como por su concepción unitaria, a la búsqueda, desde distintos tiempos y culturas, de lo esencial humano: lo sagrado, lo terrible, lo hermoso; Natalia Carbajosa (El Puerto de Santa María, 1971), que, empeñada en una palabra que rompe convenciones lógicas, imaginarias y verbales, presenta su primer libro, *Pronóstico* (Torremozas), en el que destacan, sobre todo, la radicalidad de una poesía –“El poema debe hacerse sangre / antes que palabra”– que pretende liberar de sus concavidades “al Ser atroz”, la lucidez con la que se enfrenta a la experiencia amorosa y el equilibrio conseguido entre vida y cultura y Julieta Valero (Madrid, 1971) cuya obra *Los Heridos Graves* (DVD), que fue IV Premio de Poesía Joven Radio 3, se presenta con gran fuerza creativa, encauzada preferentemente en forma de versículo y donde no dejan de atisbarse influjos de un surrealismo que remite, por ejemplo, a Lorca. Como él, la poeta denuncia el vacío que impregna la existencia personal, familiar y social. Mirada desde una acidez implacable –“sólo puede haber victoria en el suicidio”–, la vida únicamente encuentra un resquicio de luz en la posesión erótica de otro cuerpo. Algo más joven es Andrés Navarro (Valencia, 1973) que inaugura su producción lírica con *La fiebre* (Pre-Textos), obra merecedora del VI Premio de Poesía “Emilio Prados”. Libro existencialista en el que el paso del tiempo –“¿Qué sustancia de mí, tras este instante vano, / habrá de sucederme?”– y la preocupación por la forma siguiente de estar en la vida –“Tal vez estar sea eso, / ... / una bala de humo trenzándose a una estela”– recorren todo el conjunto, teniendo la seguridad de que “si al final de una edad sólo hay ceniza, / arder / ha de ser la costumbre”. El recuerdo y la memoria son parte fundamental de un libro en el que, reflejo de la vida, todo dura un instante y todo es cíclico: “el juego está en volver / a los mismos lugares”.

Un poco tardíamente, pero muy a tiempo para llegar adonde, sin duda, llegará, publicó Abrahám Gragera (Madrid, 1973) su primer libro, titulado *Adiós a la época de los grandes caracteres* (Pre-Textos). En él se condesa un cúmulo de tentativas y de lecturas que han cuajado ya, en los mejores textos del poema, en una poesía entreverada de madurez y con muy estimables hallazgos: “Como las flores / que siempre son / el primer día”. Buen conocedor de las vanguardias (ultraísmo, creacionismo, surrealismo), con las que entra, a veces, en diálogo (“la vida que no cabe en este verso” es réplica de aquel otro de Diego: “la vida es un único verso interminable”), basa en ellas imágenes –“pacientemente esquila el sol el cielo”–, recursos deconstructores –“Noche oscura del alba”, “porque vivir es casi”– y matices de una cosmovisión que se quiere rupturista y desmitificadora: así, la ironía o la presencia de los objetos que, “prometeicos”, salvan al poeta de la solemnidad pseudometafísica. Con todo, el tono mejor de este libro trae resonancias de un manantial más profun-

do, donde el poeta está atento a cosas como el amor sin máscara o “el susurro de polvo”.

6.- CAMINOS HACIA LA CIMA: LA VOLUNTAD DE SER

Como es lógico, los poetas nacidos a partir de 1975 –esto es, los que ahora cuentan, como mucho, con 30 años– no han dado aún la medida de lo que pueden llegar a ser, aun cuando, en algunos, se presenta ya el fruto cierto. Por tanto, y con una mayor provisionalidad –con ser aquella mucha– que en los epígrafes anteriores, deberemos limitarnos a hacer un breve recuento de aquellos libros juveniles que el azar –aquí el azar fue decisivo– puso en nuestras manos y que dejaron en ellas alguna forma de deslumbramiento.

Así, Esther Peñas (Madrid, 1975), publicó en 2005 su primer libro, *De este ungido modo* (Devenir), donde centellea un dinamismo expresivo, algo anguloso a veces, que se enfrenta, con originalidad, a los claroscuros del amor (“Trepate por entero antes de que la luz / se te desprenda”) desde un contexto existencial desolado. Un año después, nació en Torrelavega, Alberto Santamaría, cuyo libro *Notas de verano sobre ficciones del invierno* (Visor: III Premio Vicente Núñez) exhibe un mundo muy personal, marcado, desde el punto de vista de los contenidos –“el terrible sabor de mi casa”– por la solidez de sus paisajes interiores y, con respecto a la forma, por una inagotable capacidad asociativa que hace de las metáforas y de las connotaciones, “niñas que caen hacia su misterio”, un instrumento clave para adentrarse en la comprensión de estos textos. Óscar Aguado (Madrid, 1977), con *Yo fui el negro que escribió la Biblia* (Ayuntamiento de San Sebastián de los Reyes), I Premio Nacional de Poesía Joven de la Universidad Popular José Hierro 2005, inaugura, también, su producción lírica con una obra que, con algunos tintes eróticos (“De los nidos de golondrinas / que asoman por tu balcón / la que con el pico te arranca los pelos del pubis / la que con sus alas te atiesa los pezones / esa misma quiero yo”), se caracteriza por la osadía verbal, la libertad expresiva y la conciencia de la instantaneidad del poema: “Cuando mis manos ahoguen el poema/ cuando brinque de mis manos / un bicho mudo / la creación durará un segundo en mi boca”. Sevillano, del año 1978, es Jesús Beades, autor del libro –tercero de los suyos– *La ciudad dormida* (Adonais), al que se le otorgó un accésit del Premio Adonais del año 2004. Llamen la atención, en estos poemas, el dominio técnico –especialmente por lo que respecta al endecasílabo– y la capacidad simbólica del poeta, que parte de lo concreto (la corporalidad, los paisajes urbanos) para acceder, desde allí, a otra realidad trascendida, pues escribe: “Y más allá de un cuerpo está la sombra, / puerta cerrada, enigma nuevamente”. Al mismo año pertenece José Antonio Gómez-Coronado, nacido en Sevilla y que acaba de publicar *La derrota del sol* (Fundación José Manuel

Lara, Vandalia Nova). Tras otros dos poemarios editados –uno de ellos, *El triunfo de los días* (2001), obtuvo el Premio Adonais–, el que ahora nos ocupa –impulsado por ecos de Juan Ramón, Salinas, Alberti, Altolaguirre– muestra un clima de extrañamiento: desterrado siempre de algo –¿de una ciudad?, ¿de una mujer?, ¿de sí mismo?, ¿de la vida?– el poeta anhela (“cuerpo ya de luz sin cuerpo”) volver a fundirse con esa alteridad de la que fue escindido. También en 1978 nació Octavio Gómez Milián (Zaragoza), que se describe como “urbanita beatnik y existencialista”, definición que cuadra plenamente con su libro *Por qué no nos hicimos todo el daño de una sola vez* (Devenir), primero de los suyos, aunque nos consta –sin que hayamos llegado a conocerla– que meses antes había visto la luz una *plquette* titulada *Labios perdidos no dan dirección*. Su poesía nos parece muy representativa de una época que, pese al espejismo de facilidades y abundancias, carece de un ingrediente fundamental: la fe en el futuro. De hecho, uno de los símbolos que lo expresan aquí es la trituradora de papel de la fábrica de reciclaje donde trabaja el autor. Se trata, pues, de un poemario desencantado y ácido sin otras raíces que la de la provisionalidad y escrito siempre por el poeta “con la seguridad de ser / un auténtico perdedor”. Avalado por el premio Florentino Pérez-Embid 2005 y por un par de libros previos que ya sugerían una voz poderosa, aparece *Las canciones de Lázaro* (Adonais), de Juan Andrés García Román (Granada, 1979). Repiensa aquí el poeta parte de la tradición lírica europea, leída con provecho, y le injerta un hábito muy personal que reflexiona, entre otros motivos, acerca de la capacidad regeneradora que tiene el amor sobre la poesía (“mi voz despierta y anda”) y ésta sobre un amante aherrojado por sus límites y que –al amar, al cantar– se reconoce prolongado en lo otro y, en consecuencia (“Vuelve a entrar en mi nombre”), resucita un nuevo ser solidario con el cosmos y libre: “miro en mi corazón / y hallo sólo este cuerpo de alondra y de corales / de mañana y de sol que gotea en las hojas”.

Ya en la primera mitad de la década de los 80 nació Javier Vela (Madrid, 1981), Premio Adonais 2003 con *La hora del crepúsculo*, publicado en 2004, y que este mismo año obtendrá *ex aequo* (véase el apartado 3) el Premio de Poesía Ciudad de Badajoz con el poemario *Incrementado, el mundo* (Algaida). Aporta éste, con andadura clásica, una reflexión metapoética articulada desde los cuatro elementos: como ellos y con su misma fuerza cósmica –“serán ascuas mis uñas y pavesas mis dedos”–, la palabra debe impulsar hacia su plenitud a una creación todavía incompleta: “Sobre mi verbo crezca cuanto existe, / desde mi verso todo recobre su sentido”. Tema muy distinto es el que exhibe el cartagenero José Martínez Ros (también de 1981) en *La enfermedad*, Premio Adonais 2004 (Adonais): con ecos de Neruda, de Lorca, de Cernuda, recapitula sobre un amor ávida, desoladoramente vivido. Ese acento de verdad (“lo único que deseo / es borrarte de mí, / que no te necesiten mis poemas”),

así como sus hallazgos metafóricos –recabados, con frecuencia, en el surrealismo– deben concitar la atención hacia un poeta que, gracias a este libro, ha dejado de ser inédito.

En fin, primíparos también, a 1983 y a 1985 pertenecen, respectivamente, Pablo López Carballo, nacido en Cacabelos (León), cuyo libro *Viandante* (Excmo. Ayuntamiento de Sevilla) había recibido el Premio Fernando Villalón 2004 y aporta una hondura existencial y un rigor expositivo muy esperanzadores, y el madrileño Paolo Álvarez Correyero, otro de los accésit del Adonais 2004 por su libro *Hoy cumpla 16* (Adonais): una estremecedora llamada de atención sobre el problema que ahora mismo ocupa el vértice social: la soledad de los adolescentes, la desidia de los tutores, el maltrato por parte de compañeros de colegio y la indiferencia de una colectividad que mira hacia otra parte. Desde el punto de vista literario, este libro –que debería ser bien meditado por sociólogos, educadores y padres– seduce por la tensión, la frescura, la audacia y la justeza con las que se aborda una autobiografía tan desgarrada: “Estoy solo en el centro de mi hueso”; “La soledad tiene la forma de Paolo”.

7.- FINAL: SOBRE ANTOLOGÍAS COLECTIVAS 2005

Una época viene también modulada poéticamente por las antologías colectivas publicadas en ella. Creemos que, a este respecto, el año 2005 ha cumplido las expectativas. No nos cabe aquí hacer otra cosa, sin embargo, que dejar constancia muy rápida de algunas de las más significativas, en cada una de las modalidades posibles.

Así, el año 2005 nos ha dejado una muy rigurosa *Antología comentada de la lírica española* (Cátedra), debida a los profesores Miguel Díez R. y Paz Díez Taboada. Se trata de una *antología general de autores* que arranca de la Edad Media (Arcipreste de Hita, Jorge Manrique) para llegar a la poesía contemporánea, entre cuyos representantes más recientes podemos encontrar a poetas como Miguel D’Ors (1946), Eloy Sánchez Rosillo (1948), Alejandro Duque Amusco (1949), Luis Alberto de Cuenca (1950), José Luis García Martín, Abelardo Linares y Juan Luis Panero (todos de 1952) o Lorenzo Oliván (1968). Al hilo de los comentarios, se establecen redes con otros poetas que rebasan el ámbito de lo español (Pablo Neruda, Nicanor Parra, Juana de Ibarbourou) o, incluso, de la lengua española: Safo, Catulo, Horacio; Du Bellay, Ronsard; Salvador Espriu, Joan Maragall; Luis de Camoes, Petrarca, Tasso. El lector puede acceder, de esta manera, no sólo a textos angulares de nuestra poesía, sino también a su fundamentación en el contexto cultural –clásico, europeo, hispanoamericano y autóctono– donde encuentran su razón de ser.

Por lo que respecta a las *antologías de género* (esperemos que el término no resulte equívoco), llama la atención que dos de ellas hayan incidido en el

poema en prosa. La primera, *Antología del poema en prosa español* (Biblioteca Nueva), está confeccionada por Benigno León Felipe. Con una aportación teórica muy generosa, incluye a Rubén Darío (el único no español representado aquí) y, tras él, lo más significativo del género (de Juan Ramón Cernuda; de Rosales a Valente) hasta Jorge Riechmann, nacido en 1962. La segunda, *Campo abierto. Antología del poema en prosa en España (1990-2005)* (DVD), que ha sido editada por Marta Agudo y Carlos Jiménez Arribas, completa –aún sin proponérselo– la entrega anterior: de hecho, todos los poetas representados pertenecen a las décadas de los 50, 60 y 70 y es Jorge Riechmann el único seleccionado en los dos recopilatorios. Sin duda, la lectura de este último explica fehacientemente lo oportuno de tales selecciones: la modalidad de poema en prosa conoce un gran impulso entre los jóvenes poetas. En este mismo orden de cosas, y aunque no esté ceñida por completo a autores españoles, cabe destacar otra *antología de género* publicada en 2005: *El libro de los sonetos en lengua española* (Turner), cuya selección, prólogo y notas corrieron a cargo de Luis Antonio de Villena, y que transita, en efecto, por los más prestigiosos sonetistas clásicos (como Garcilaso, Herrera, Góngora, Lope o Quevedo) y contemporáneos de ambas vertientes del Atlántico: los Machado, Juan Ramón, Lorca, Alberti, Diego, Hernández, Otero, Borges y Octavio Paz, entre otros. Pero, a juzgar por los meses de permanencia en las listas de libros poéticos más vendidos, la *antología de género* más difundida en 2005 fue *Rapsodia española. Antología de la poesía popular* (La Esfera de los Libros, S.L.), preparada por Antonio Burgos, quien reproduce, con acierto, no sólo la obra de aquellos poetas más netamente aceptados como suyos por el pueblo –y que, como tales, los recita o los canta: Rafael de León, Gabriel y Galán, José Carlos de Luna, Luis Chamizo– sino también la obra que más se atiene a fórmulas populares de muchos de nuestros poetas cultos: los Machado y Juan Ramón, Lorca y Alberti, Gerardo Diego y Cernuda, Hernández y León Felipe, por mencionar sólo algunos ejemplos.

Entre las *antologías temáticas*, consideramos modélica, por su rigor y originalidad, la titulada *Orfeo XXI. Poesía española contemporánea y tradición clásica* (Cátedra Miguel Delibes. Llibros del Peixe), a cargo de Pedro Conde Parrado y Javier García Rodríguez. Precedida de algunos trabajos críticos presentados en las jornadas de estudio que, bajo el mismo marbete, convocó, en noviembre de 2004, la Cátedra Miguel Delibes de Literatura Contemporánea, la parte antológica selecciona textos referidos a motivos de la clasicidad greco-latina, tales como la mitología y la literatura. Con otra concepción muy diferente –pues reduce al máximo el aparato académico–, pero sin abdicar del rigor ni de una cierta intención de exhaustividad, se presenta *La poesía, señor hidalgo... Antología de poemas cervantinos* que Luis García Montero ha compilado para Visor. Este homenaje al libro de libros español, en su año emblemático, se

pone en marcha con Rubén Darío (“Pero Cervantes / es buen amigo. Endulza mis instantes / ásperos y reposa mi cabeza”) y registra los mejores textos dedicados al escritor y a sus personajes más vivos. El interés de los modernistas y noventayochistas (con Unamuno a la cabeza), la contribución de los del 27 (atenta a otros matices), el caudal que no cesa en los poetas comprometidos (“Sancho-firme, Sancho-obrero”, dirá Celaya) y, en fin, las posteriores, sugerentes miradas de Jenaro Taléns (1946), Andrés Trapiello (1953) el propio Luis García Montero (1958) o Felipe Benítez Reyes (1960) demuestran que, más allá de los centenarios, Cervantes sigue teniendo luz de domingo inagotable. Temático también, y también muy trabajado, nos parece el compendio de poesía religiosa, preparado por el recientemente fallecido Casiano Floristán con el título de *Al celebrar tu memoria. Poesía para domingos y fiestas* (Sal Terrae), donde conviven textos de maestros clásicos (Juan de la Cruz o Lope de Vega) y contemporáneos (Diego, Rosales, Bousoño, Otero) con otros surgidos de la intrahistoria –a veces, rigurosamente anónima– de la clausura monacal.

Fuera ya de lo temático, anotamos, una muestra de otra modalidad recopilativa: nos referimos a la *Antología de diosas* (blancas, naturalmente), que, con el título *Di yo. Di tiempo. Poetas españolas contemporáneas. Ensayos y antología* y editada por Josefina de Andrés Argente y Rosa García Rayego, publicó Devenir. Están representadas en ella quince poetas nacidas entre 1925 (Julia Uceda) y 1966 (Luisa Castro), de la cuales, la mayoría –Ana Rossetti, Olvido García Valdés, Encarnación Pisonero, María Antonia Ortega, Concha García, Andrea Luca, Rosa Lentini, Blanca Andreu y Esperanza Ortega– pertenecen a la década de los años 50. Fuera de ella –y dejando a un lado a las citadas Uceda y Castro, así como a Amparo Amorós, cuya fecha de nacimiento no consta–, sólo tenemos hacia arriba, a María Victoria Atencia (1931) y a Fanny Rubio (1948); y, hacia abajo, a Almudena Guzmán (1964). Cada una de las selecciones poéticas –sobrias y suficientes– va precedida por el ensayo de un especialista, que contribuye a hacer todavía más estimable el conjunto.

En fin, como ejemplos de *antología local* podemos aducir los siguientes: *Voces poéticas de Cantabria (1977-2004)* (Devenir), cuyo editor, Luis Alberto Salcines presta un gran servicio a la poesía cántabra contemporánea al arrojar luz sobre 27 poetas nacidos allí entre 1937 y 1977 y *Poesía en Salamanca. Antología en el 250 aniversario de la Plaza Mayor (1755-2005)* (Edifsa), compilada, editada e introducida por Carmen Ruiz Barrionuevo: transita este recopilatorio de poesía en Salamanca por 250 años (los mismos que tiene su Plaza Mayor) de una escritura que no siempre ha sido muy concurrida, por lo que respecta a no pocos de los 27 poetas representados. Porque si, en efecto, resulta interesante la selección de textos de autores bastante asequibles de los siglos XVIII y XIX (Torres Villarroel, Fray Diego Tadeo González, Jovellanos, Meléndez Valdés, Espronceda o Gabriel y Galán), lo resulta mucho más la rei-

vindicación –a veces, desde las sombras más espesas– de otros como José Iglesias de la Casa, Fray Juan Fernández Rojas, Francisco Sánchez Barbero, José Somoza o, en fin, por no alargar el cómputo, Cándido Rodríguez Pinilla. Como se ve, no todos fueron salmantinos, pero de todos hay huella en la ciudad del Tormes y en la palabra de todos quedó edificada poéticamente la ciudad. Otro tanto ocurre con los seleccionados del siglo XX, todos ellos –era una de las directrices de la antología– fallecidos a la hora de sacarla a la luz. No podían faltar –y no faltan– los grandes poetas de alcance nacional: Unamuno, Pedro Garfias, Juan Ruiz Peña, Aníbal Núñez, que había nacido el último de todos los representados aquí. Además de ellos, nos parece un acierto la inclusión de personalidades cuya memoria y escritos permanecen aún muy vivos en Salamanca: ocurre con Rafael Láinez Alcalá, Jesús-Ricardo Rasueros, Remigio González “Adares”, Carmen Martín Gaité o Francisco Soto del Carmen.